

FR. GERUNDIO.

*Si quis dixerit cuspidem ensis
aut globulum catapultæ esse ra-
tiones inter gentes quæ ratioci-
nantur, anathema sit.*

Si alguno dijere que la punta de una espada ó la bala de una pistola son razones entre gentes que ratiocinan, le sacudo una ración de torniscones que le hago bailar la zarabanda.

COMC. 5. GER. CAN. 25.

DUELOS Y QUEBRANTOS.

¿Qué te gusta mas, Tirabeque, los duelos ó los quebrantos?—Señor, paréceme que son dos cosas que van siempre juntas; pero á mi me gusta mas la tajada limpia.—Trabajo es que ni por un momento has de poder disimular tu glotoneria, hombre. Que te gustan las tajadas lo sé demasiado, y aun creo que eso te se dará que sean limpias que puercas con tal de que te

las dejen engullir. Pero ¿qué tienen que ver los duelos y los quebrantos con las tajadas?—Tienen, señor: ¿pues no se llamaba duelos y quebrantos á aquel guisote ó pepitoria que se hacia *en il'lo témporis* de los huesos y patas y bruscos y toda esa soldadesca de las reses para comerla los sábados? A lo menos eso es lo que vd. me ha dicho que significan los duelos y quebrantos que dice la historia que acostumbraba á comer los sábados el hermano D. Quijote de la Mancha.—Verdad es que te lo he dicho, y esa era la costumbre que habia en la Mancha y las Castillas hasta hace cosa de un siglo, porque estaba prohibido el uso de otras carnes en aquellos dias: prohibición caprichosa y rara que con razon abolió el sábio papa Benedicto XIV.

Pero otros son los duelos y los quebrantos porque yo te pregunto ahora.—Señor, la verdad, ni unos ni otros me gustan: gústanme mas bodas que duelos, y comidas patrióticas que quebrantos; que en las bodas y en las comidas patrióticas broméa la jente, y se llena guapamente la andorga á la salud de los novios ó de la patria; pero en los duelos, aunque dicen que con pan son menos, yo lo que veo es que ni pan dan á uno siquiera, sino lágrimas y suspiros.—Es llegado el caso, Pelegrin, de revelarte claramente (puesto que de otro modo no me entiendo) las nuevas obligaciones que hemos contratado los periodistas, y de poner á prueba tu valor á ver si en adelante me sirves ó no para el oficio.

No te se ocultan, Pelegrin mio, los muchos

quebrantos á que un periodista está espuesto, y sabes tambien los sinsabores y disgustos que acarrea el oficio de público censor.—Si señor, lo sé.—Pues eso, amigo, son tortas y pan pintado para la dura prueba, muy mas dura que la del hierro y el agua que en la antigua legislacion se usaba para las probanzas de los delitos; la dura prueba, digo, y el cruel examen que ahora tienes que sufrir para ver si eres ó no apto para continuar siendo periodista.—Señor, eso de examinar á un periodista téngolo por disparate, porque el periodista malo ó que no sabe su obligacion, en el pecado lleva la penitencia: él se morirá de hambre de suscripciones. ¿Y qué prueba es la que tenemos que sufrir, señor?—No tenemos; tú solo eres el que tienes que sufrirla: la prueba del *duelo*.—Há, Señor, pues esa no va conmigo, que yo ya no tengo en el mundo á quien hacer el duelo, porque estoy como el ánima sola, que ni me ha quedado padre ni madre ni can que me ladre.—Empeñado en que no has de entender la significacion de duelo. Duelo es lo mismo que desafío; y si no sirves para batirte, y sostener con la punta de la espada lo que escribas con la punta de la pluma, no puedes seguir escribiendo ni ser mi colaborador.

Por que has de saber, adorado Pelegrin, que ahora se ha introducido la moda de desafiar á los periodistas por un daca esas pajas, como que en pocos dias se han verificado tres ó cuatro desafíos con periodistas de diferentes colores, de los cuales alguno todavia trae la muestra no lejos de un ojo, que no fue mala suerte que no

le sucediera lo que á Henrique II. de Francia que una diversion semejante le costó un ojo, y á los pocos días la vida.—Señor, entonces esas bromas no van conmigo, que yo no tengo gana de perder ojos por nadie. Escriba, escriba vd. solo, si quiere, que yo renuncio la plaza.—Es que no te sirve eso tampoco. Porque ten entendido que lo que hacen ahora los que se resienten de algun escrito ó de alguna espresion, no es batirse por sí mismos, sino buscar otra persona que sostenga el reto en su nombre, el cual puede ser un espadachin que, diestro en el manejo de un arma, en dos paletas envíe al otro mundo al escritor sin riesgo del ofendido. Con que debiendo usar nosotros de igual derecho, para cuando esto suceda (porque ya ves lo facil que es que una vez se le vaya á uno la pluma, ó le engañe un corresponsal, ó aunque sea una cosa mas cierta que la venida de Cristo, se empeñe un maton en que uno á otro nos hemos de romper la crisma), para estos casos, digo, te quiero á tí; esto es, para que te batas en mi nombre.—Pero señor, eso pareceme una atrocidad y vd. perdone.—Por supuesto que lo es; como que por ese medio puede el gobierno (yo no diré que lo haga, pero puede hacerlo) ó un gefe militar cualquiera acabar en cuatro dias con la prensa, buscando espadachines mercenarios ó perdonavidas, que por el interés se batirian con todos los soldados de Xerxes uno á uno; y ya ves que nosotros no somos un grande ejército. Una conjuracion semejante se fraguó en una ocasion en Francia para acabar con la prensa independiente, y lo hubieran conse-

guido si los escritores no se hubieran apercebido de ello, y tomado sus medidas.

• Pero amigo, no hay remedio; esta es nuestra situacion. Con que es preciso que ensayémos si sirves ó no para batirte. ¿ Tú, qué arma sabes manejar mejor?—Yo, mi amo, ya lo sabe vd.; la capilla.—Esa no sirve hombre, por que nadie la admitirá.—Señor, cada uno maneja el arma que ha estudiado; con que si el desafiado es el que elije arma, ya saben la mia. El que quiera batirse con Tirabeque, que busque la capilla de mejor calidad y que mas le guste; y al campo cuando quiera. Si no acepta asi, será un cobarde, mal nacido y peor criado, y vd. y yo tendremos razon en lo que hayamos escrito.—No, hombre: lo que exige el honor en estos tiempos cultos, cuando uno de los combatientes no posee el manejo de alguna de las armas admitidas, es una de estas cosas: ó bien se hacen unas pildoras, de las cuales unas estan hechas con veneno y otras no, y se toman á la suerte, y al que le toquen las envenenadas, á aquel se le lleva el diablo, y el otro es el que tenia la razon, y queda con fama de valiente, y su honor y reputacion bien sentada; ó bien se sortean dos sitios debajo de uno de los cuales hay colocado un barril de pólvora, se sientan los duelistas, se encienden las mechas, y el que no tenia razon va volando por los aires hecho trizas, que debe ser una diversion verle, y el otro se queda con la razon debajo del trasero (salvo sea el lugar) lleno de gozo y admirando cómo la pólvora ha sabido hacer justicia al que la tenia, y de-

fender el honor malamente ultrajado.

Señor, eso parece cosa de bárbaros.—Cómo de bárbaros, hombre? No entiendes una pizca de leyes de honor, ni sabes lo que es civilización y cultura. Y de manejo de pistola ¿qué tal estamos? Porque es una de las armas más admitidas en los duelos.—Ellas cargadas están, señor; y no debe componérseme muy mal el manejarlas, por que una vez que me vino á morder un perro le descargué una y cayó redondo como una pelota; con que si alguno viene á desafiarme, le deajo acercar acercar, y como que no hago nada.... trúm.... milagro será que no caiga como el perro.—Pero es poco caballeroso, hombre. Las leyes del desafío exigen otras formalidades de hora, sitio, padrinos, testigos &c.—Señor, también las leyes de la imprenta exigen otras formalidades, y ellos no las guardan. Nada nada: á Tirabeque el que le busca le encuentra, y aqui no hay mas duelo que este, que es el camino mas breve.

De todos modos, Pelegrin, yo quiero que hagamos un ensayo á ver como te se compone manejar la espada, que es el arma mas noble que entre caballeros se usa, por lo que pueda ocurrir, hombre; por que hay lances de compromiso de que no se puede evadir un hombre de honor. Vamos, aqui tengo dos estoques; yo tomaré uno y tu otro, y vamos á batirnos los dos. El mio aqui está ya; vete por el tuyo que está ahí detrás de la vidriera de la alcoba, y ponte enfrente.—Deje vd. Señor, que en tal caso voy por un florinete que tengo yo.—Ola! ¿Con que también tú tienes florete? Ah pícaro, y qué



Muchacho, ¿es esa la ley del duelo?—Aquí no hay mas duelo ni mas quebranto, que si vd. no se dá por vencido, le quebranto cuantas costillas tiene en su cuerpo.

PÁG. 411.

prevenido estás sin yo saberlo! Pero hás de decir florete y no florinete.

Marchó mi Pelegrin á buscar su florete, y cuando yo le esperaba en la actitud gladiatoria mas airosa y esbelta de cuantas habia visto en el gran asalto de florete que dió poco hace el maestro de esgrima D. Juan Lambert en su sala de armas de la calle de Jardines, étele que veo entrar á Tirabeque con una porra por el estilo de la maza de Hércules, y que no le iba en zaga á la que pone D. Alonso de Ercilla en manos de Caupolican, el mas forzado de los Araucanos, y tirando sillas y atropellando todo cuanto encontraba por delante, «Señor, me gritaba, retírese vd. si no quiere que le rompa la crisma con este florinete.—*Muchacho, es esa la ley del duelo?—¿Aquí no hay mas duelo ni mas quebranto, que si vd. no se da por vencido, le quebranto cuantas costillas tiene en su cuerpo.*—Muchacho, mira si guardas las reglas de la esgrima.—O se da vd. por muerto, ó le esgrimo un garrotazo que le dejo sin sentido.

Me costó confesarme rendido, y aun asi tuve que parar el golpe con el brazo izquierdo, porque me temí que le acabára de descargar.—Pero hombre, le dije, eso es usar de un arma no admitida en los duelos.—Señor, admitida ó no admitida, es la que tengo preparada para el que venga á desafiarme, ó me hable una palabra mas alta que otra: y el que quiera desafío en regla, aqui tengo estas capillas; que escoja la que quiera, que yo no soy tan bobo, ni estoy tan mal con la vida que haya de ir á jugarla siempre que á un tonto se le ponga en

los cascos hacer el oso (1) conmigo; que yo estoy mas por el sistema de ver cuanto tiempo vive un lego bien cuidado; cuanto mas que tengo para mi que no es ese el modo de saber quién tiene la razon: ni el honor se defiende tirándose un tiro ó dándose una estocada uno á otro, porque asi puede morir el inocente como el culpado, y si le toca la china al inocente, se seguirá que se quedó sin vida y sin honor, mientras el culpado se queda muy fresco riéndose de la fechoria, y alentado para hacer otra. Ademas que para eso están las leyes, para defender al ultrajado y castigar al delincuente; y si las leyes no han de servir de nada, las entonaré luego el *Parce-miquis* y nos iremos á vivir á otra parte.

No me disgustó, á mi Fr. Gerundio á quien no disgustan algunas cosillas, la lógica de Tirabeque: antes me pareció mas racional que la de los apologistas del duelo, que hacen pender la razon de la punta de una espada ó del cañon de una pistola. Y poco le importa á mi Paternidad muy Reverenda que se califique de rancia la doctrina que reprueba los desafíos: rancio es el derecho natural, que los condena, y estoy por el derecho natural: rancia es la ley divina que los condena tambien, y estoy por la ley divina. Dirán que están admitidos en las naciones cultas: mas admitidos estuvieron en los siglos bárbaros. Comunes eran entre los incultos Lombardos, y prohibidos fueron y muy severamente en el siglo mas ilustrado de

(1) Frase vulgar.

la Francia por Luis XIV, y pocas bulas habrán hecho tanto honor á ningun papa como la que para la prohibicion de los duelos espidió en el siglo 16 Clemente VIII. Y sobre todo condénales su misma ferocidad tan opuesta á la dulzura de las costumbres que tanto distingue á los pueblos cultos de los groseros y salvages.

Tolérese, si se quiere, en los hombres de armas, á cuya profesion es anexo el figurar como en primera línea de las virtudes la del valor, cuando alguno injusta ó imprudentemente provoca su valor caballeroso ó guerrero, medir su brazo con el del imprudente y quizá mas cobarde que le insulta, y darle una severa leccion á su costa misma. Pero si se permite que una espada, cortando con el filo los suaves lazos de las leyes, amenace con la punta el pecho de un escritor independiente por exceso, ó verdadero ó aprendido, ó quizá solo por el romantico placer de oír sonar un nombre que de otro modo no conocerian sino media docena de condiscípulos; si ahora que el poder de la fuerza amenaza sobreponerse, si es que ya no lo está sobre todos los poderes del estado, se permite á la espada constituirse en Jurado de la prensa; si un escritor no ha de poder estampar dos líneas de censura acerca de los actos de un funcionario público sin estar dispuesto á sostenerlas en duelo formal con un espadachin que, ó por relaciones de sangre ó de cuerpo ó por una recompensa dada ú ofrecida, se constituya su vengador: si para nada son las leyes que tienen por objeto reprimir y castigar los abusos

de la prensa, hoy única garantía de la libertad, en ese caso suprimáse una y otra á un mismo tiempo; y si ese es el objeto, sepámoslo todos de una vez. Sinó, al gobierno toca cortar un abuso que va cundiendo demasiado, y que por lo mismo le hace sospecho-o.

Los periodistas independientes han dado pruebas repetidas de que así saben sostener la independencia de la prensa con la pluma como con el brazo, y que ninguna clase de amenaza les intimida: mas yo creo que el mejor sistema es el de Tirabeque: el mejor duelo es, ó hacer al que venga á ladrar lo que él hizo con el perro, ó tener siempre preparado el florete de Caupolican.

LA VERBENA DE S. JUAN.

Con razon celebramos los cristianos con fiestas, músicas, bailes y jaléo la natividad de san Juan Bautista, puesto que fué el santo que mas temprano dió muestras de ser alegre de genio. En el vientre de su madre estaba todavia Juanito cuando dió el primer salto de alegría. Sin embargo no crean vds. que la evolucion que hizo fué alguna cuarta como las que ejecuta el Sr. Casas en el teatro del Príncipe, porque ni su tierna edad ni el local del baile lo permitian. Fué solo un movimiento de gozo, divino mas que natural impulsado por la satisfaccion que le produjo la visita de la Virgen, su tia futura que llevaba ya tambien en el vientro

su divino hijo de quien él habia de ser precursor. Caros le costaron despues los bailes al santo, pues todo el mundo sabe que encantado Herodes de la agilidad y destreza de aquella picaruela de bailarina (que por bien que lo hiciera, apuesto dob e contra sencillo a que no servia para descalzar á la Sra. Diez, primera bailatriz de nuestros teatros), la dijo aquel bárbaro: «chica, me tienes encantado; píleme lo que te se antoje, pues cuanto Herodes tiene es tuyo». No necesitó saber mas la zorróna de Herodías su madre, que como estuviese enredada hasta las cachas con el bribón de Herodes hermano de su marido y tetrarca absoluto, ó como quien dice, el Meer de aquella provincia, y S. Juan les hubiese reprendido á griamente sus nada castos amores (no por medio de una cencerrada como hizo el Guirigay con los de Carramolino, que S. Juan no era amigo de publicar en periódicos vidas privadas de nadie, sino por medio de la palabra y en los términos que exige la caridad), aconsejó á la muchacha que le pidiese la cabeza de Juan Bautista: si bien se lo dijo su madre, mejor lo pidió la muñeca de la hija, y si bien lo pidió la trastuela, mejor lo ejecutó Herodes, teniendo el bárbaro placer de presentar la cabeza del degollado santo á su feroz meretriz en una bandeja. De esta suerte la vida del hombre mas grande que habia nacido de muger, fué el premio de la destreza de una bailarina, como otras muchas, loquilla y casquivana.

No obstante este infausto fin que á San Juan acarreó el baile (si bien por otra parte feliz, pues murió martir de su celo por la casti-

dad), en todas partes se celebra la víspera de su festividad con bailes, grescas, bromazos y regocijos; y á semejanza del *dia grande de Navarra* del padre Isla, la víspera de S. Juan es el dia mas grande de todo el año, por que á su natural longitud se agrega que toda la noche es dia. Pero este año en Madrid creo que ha sido el jilgorio mas recio que ningun otro. Ello es que desde las diez de la noche cada calle estaba hecha una gloria infernal: era el antítesis de la *tristissima noctis imago* de Ovidio: ni un paso se podia dar sin tropezarse con un grupo de Orfeos de Lavapiés y Maravillas, de Linos de chaqueta y nabaja que acompañados de coros de ex-doncellas, rasgueaban guitarras, punteaban bandurrias, sonageaban panderetas, y atronaban las calles con sus voces. Todo el pueblo bajo estaba de scguidillas. Yo no sé de donde salieron tantos instrumentos músicos, porque parecia que las piedras de las calles se habian convertido en guitarrines y bandurrias al modo que se convirtieron en flautas las cañas que descubrian el secreto del Rey Midas; y tan hecho estaba el oido á la filarmonía aquella noche que parecia que llevaba uno metida en el sombrero, sinó dentro del cráneo, una caja de música. La alegría era tal, que cualquiera que no hubiese sabido que al dia siguiente se celebraba la Natividad de San Juan Bautista, hubiera creido que la escuadra auxiliara francesa habia cargado ya con D. Carlos y todo su ejército y se habia dado con él á la vela derecho á Nueva Holanda por el mismo rambó que llevó el

viagero inglés *Barrigton*; y que tan eficaces habian sido los nuevos auxilios de Luis Felipe, que no habia tenido tiempo el duque de la Victoria de acreditar que merecia ser duque de la Victoria; que la diputacion de Vizcaya, que tan ofieiosa y prematura parece que ha estado en dar las gracias al Rey de las simpatías, habia hablado proféticamente y por inspiracion del Espíritu Santo, y en una palabra, pensaria que la *Paz* habia querido venir á dar los dias á Carramolino.

La noche estaba tan serena como se queda un ministro cuando recibe la noticia de que los facciosos han quemado un pueblo y hecho Juanes Bautistas á todos sus habitantes. Y la luna que sin duda está enterada de la penuria de los fondos de villa y de las usurpaciones de los productos de arbitrios que al ayuntamiento ha hecho el gobierno, tubo á bien encargarse de costear el alumbrado de aquella noche, y efectivamente nos dió una luz hermosa, que se conoce que el aceite que gasta no está lleno de poso ó sedimento como el de los faroles de acá abajo, segun dicen los serenos.

Toda la jente se dirigia en seguida al Prado, que es el sitio en que se acostumbra en Madrid lo que llaman en otras partes *coger las yerbas*, y aqui *tomar la verbena*. Mi Paternidad tambien dirigió su reverendísima humanidad hácia el Prado, á ver cómo era la verbena de Madrid. Dificil, sino imposible, es esplicar el espectáculo que aquel sitio ofrece en semejante noche. Pero figúrense vds. un campamento de cosa de doce mil españoles libres, todos del parte

do del movimiento, todos bullangueros, porque todos hacían bulla y se movían á un tiempo, alumbrado todo el *croquis* de la verbena por las hachas de viento y faroles de cristal ó papel de los *tabancos* de buñuelos y aguardiente, como me figuro yo que estaría el campamento militar de Guardamino alumbrado por hogueras en las noches que precedieron al Ducado de la Victoria. Millares de guitarras tocando, desgañitándose á cantar centenares de filarmónicas de túnica corta, como las que tanto gustaban á Fánor en la Grecia, miles de saltarines por el estilo de la hija de Herodías zarandeándose al compas de las manchegas, y hasta los juegos de caballos de Montevirgen (esto es, del Tío Vivo), llenos y atestados de gente... qué!.. aquello era un Babel: el Sr. Isturiz con su genio y su campanillorro se hubiera desesperado si intentado hubiera llamar al orden á aquel parlamento popular.

Dividíase la gran asamblea en numerosos corros ó grupos, ó como quien dice, colegios electorales de baile, y para trasladarse de un punto á otro, juntábanse como enjambres que salen de una colmena, ó como las caravanas de viajeros que se reúnen para transitar por la Arabia española (la Mancha) para poder resistir las embestidas de los beduinos de Palillos, merced á la seguridad en que tiene los caminos el gobierno. Apenas andaban veinte ó treinta pasos, volvían á hacer alto, y á armar allí el baile de nuevo: dejaban aquel sitio, y se trasladaban á otro punto: tal era su inconstancia y su movilidad, que á veces sin tomar po-

sesion del local que escogian, se marchaban á otro: en ninguna parte hacian asiento: parecian empleados en Gobernacion. Sospeché al principio si sería Carramolino el que dirigia aquellos bailes; pero despues dije: «¿cómo ha de haber venido D. Juan Arévalo á la verbena cuando le tienen preso en el ministerio los de la mayoría de las difuntas q. e. p. d.? Con que es bueno que no le dejan tiempo para hacer aguas, como que estoy viendo que un dia humedece los pantalones por no darle lugar para otra cosa los de la ex-mayoría, á no ser que lo eche sobre ellos, y le han de permitir venir á la verbena?». Y me convencí de que no podia ser.

Dice la historia que el pobre S. Juan Bautista se mantenía solamente de langostas y miel silvestre en el desierto; sin embargo que otros autores, entre ellos Isidoro Pelusino, opinan que no eran langostas, sino ciertas yerbas, como el trebol, el mastranzo y la verbena, de que sin duda ha trahido origen la costumbre de tomar las yerbas ó la verbena en la noche de S. Juan. Y nace esta diferencia entre los autores (si bien la primera opinion es la que prevalece) del doble significado de la palabra griega que señala aquel alimento. Pero los que celebraban su fiesta en el Prado, en vez de langostas se mamaban bollos y buñuelos como tontos, y en lugar de miel salvaje apuraban botas de lo tiinto y frascos de aguardiente anisada que era una bendicion de Dios. Chocóme un hombre que andaba al rededor de un corro con un pellejo de vino al hombro gritando: «que me voy, que me voy.» A lo

menos este hombre, decía yo, avisa que se va, y no como el baron de Meer, (y es la mejor prueba de la justicia de su causa) que se las lió una noche y embarcándose sin decir, esta Cataluña fue mia, se fué á tomar la verbena á Perpiñan, paradero de todas las langostas de España.

Los historiadores dicen que las langostas de la Palestina eran manducables, y aun Estrabon cuenta que habia en la Etiopia unos pueblos llamados *Acridophagos*, por que se mantenian de langostas, las cuales dice que sabian componer con un guisotillo muy sabroso. Fortuna tenian aquellos pueblos; aqui las langostas de seis patas en vez de ser comibles, nos comen ellas los trigos, y las langostas de dos pies nos quitan el pan de la boca. Y de tal modo veo cundir el hambre por las clases pasivas, y de tal manera la veo generalizarse, que si he de evitar que me coman por langosta, á mi Fr. Gerundio (que ya me tienen medio comido por un pie) tengo que aconsejarles ó que pidan á Dios que envíe á España una plaga de langostas, saltipajos ó saltones y nos enseñe el modo de guisarlos, ó que se vayan á vivir entre los *Acridophagos* á hacer la vida de San Juan Bautista: pues lo que toca al gobierno, por mas que me mato y le predico, es la voz de Fr. Ferundio para él como la de San Juan Bautista: *Vox clamantis in deserto*: predicar en desierto, sermon perdido.